
*“SIN LA EUCARISTÍA
NO PODEMOS VIVIR”*



**CARTA PASTORAL DEL OBISPO DE CÓRDOBA
CON MOTIVO DEL XVII CENTENARIO DE
LOS MÁRTIRES DE CÓRDOBA EN EL
AÑO DE LA EUCARISTÍA**

A los sacerdotes, miembros de la vida consagrada, seminaristas y fieles laicos de la Diócesis

Q hermanos y hermanas:

El pasado 22 de enero, con una solemne Eucaristía celebrada en el Catedral, iniciábamos las conmemoraciones del XVII Centenario del martirio de los Santos Acisclo, Victoria, Fausto, Genaro, Marcial, Zoilo y otros cuyos nombres desconocemos, pero que están escritos en el Libro de la Vida (Fil 4,3). Todos ellos sufrieron el martirio en la décima persecución, decretada por el emperador Diocleciano, que fue particularmente cruenta en Córdoba, debido a la hostilidad hacia los cristianos del gobernador romano Dión.

1. La tradición más gloriosa de nuestra Iglesia diocesana.

Según nos refiere la "Pasión de los Santos Acisclo y Victoria", ambos "temían y daban culto a Dios", eran "muy cristianos y santos [y] desde su más tierna infancia permanecieron fieles en la alabanza de Dios". Denunciados por un funcionario llamado Urbano, confesaron su fe en Jesucristo con estas palabras: "Nosotros servimos a nuestro Señor Jesucristo, no a demonios o a piedras inmundas". Después de ser recluidos en la cárcel y torturados de formas diversas, sellaron su amor a Jesucristo ofrendándole la vida¹.

Su gesta, análoga a la de los santos Fausto, Genaro, Marcial y Zoilo y los demás mártires de la época romana², cuyas reliquias se guardan con amor en la parroquia de San Pedro de la ciudad de Córdoba, es la tradición más gloriosa de la historia de nuestra Diócesis. Ellos son honra y prez de nuestra Iglesia particular. Ellos, con los testigos de la fe de la época mozárabe³, los misioneros mártires⁴ y nuestros mártires del siglo XX ya beatificados por la Iglesia⁵, son el paradigma de lo que debe ser una vida cristiana piadosa y santa, generosa, consecuente y fiel. Ellos, junto con los demás santos cordobeses de todas las épocas, constituyen nuestro patrimonio más preciado, un auténtico patrimonio de santidad⁶. A él pertenecen también por derecho propio los sacerdotes, consagrados y laicos que recibieron la palma del martirio en la Guerra Civil española, cuya Causa conjunta está preparando el Secretariado Diocesano para las Causas de los Santos y que esperamos abrir solemnemente en los próximos meses.

2. Acción de gracias por nuestros mártires.

Porque todos ellos constituyen un patrimonio espiritual excepcional, el Jubileo de nuestros mártires debe ser en primer lugar una gran plegaria de alabanza y acción de gracias a Dios por los frutos de santidad madurados en las vidas de estos hermanos nuestros que supieron acoger sin reservas el don de la Redención y permanecieron fieles al Señor hasta la muerte. Al renovar en este año su memoria, alabamos a Dios, que es en último término el origen y causa de la santidad de los mejores hijos de la Iglesia. En sus vidas, truncadas prematuramente por el instrumento mortífero del verdugo, se manifiesta el poder de Dios, su misericordia, su fidelidad y el triunfo de la gracia sobre la fragilidad humana. Por ello, en este año jubilar, damos honra y gloria a Cristo, corona de los mártires, de las vírgenes y de los confesores y, por Él, al Padre que es admirable siempre en sus santos⁷. Le damos gracias porque en los santos Acisclo y Victoria, Fausto, Genaro, Marcial y Zoilo, hijos preclaros de nuestra Diócesis, junto con los demás mártires y santos cordobeses, nos ofrece modelos cercanos de vida cristiana, que además nos alientan con su intercesión. Hemos de dar gracias a Dios también por ser hijos de esta Iglesia particular, tan rica y venerable por la santidad y el testimonio de sus miembros más eminentes que son los santos, algo que si es timbre de gloria y orgullo, entraña también un verdadero compromiso si queremos estar a la altura de nuestros predecesores en la fe.

3. El Jubileo, invitación a renovar nuestra vida cristiana.

El Jubileo de nuestros mártires, en el año de la Eucaristía, enriquecido por especial concesión del Papa Juan Pablo II con la indulgencia plenaria para todos los que peregrinen con las debidas disposiciones a la citada parroquia de San Pedro, no puede limitarse a recordar un hito, sin duda glorioso en la historia milenaria de la ciudad de Córdoba y de nuestra Diócesis. La memoria de nuestros mártires, creyentes y testigos, nos invita en este año del todo especial a renovar nuestra fe y nuestra adhesión a Dios Padre y a su Hijo Jesucristo bajo el impulso del Espíritu Santo, único camino que conduce a la santidad. Nuestro Jubileo tiene, pues, una dimensión actual y personal. Es una llamada a la conversión, a la renovación profunda de nuestra vida cristiana y de nuestro compromiso apostólico. Quiera Dios que sea también como un nuevo Pentecostés y una auténtica primavera de santidad para los hijos e hijas de esta Diócesis. Será, sin duda, el mejor modo de honrar la memoria de nuestros mártires. Que el Espíritu de Dios, que les dio fortaleza para soportar los tormentos, siguiendo e imitando a

Jesucristo, el primer mártir, nos aliente a todos a vivir con asombro, gratitud y entusiasmo nuestra vocación cristiana y a buscar por todos los medios la santidad, primera prioridad de nuestro Plan Diocesano de Pastoral⁸ y la forma más bella y cabal de vivir la propia vida en toda su grandeza y plenitud.

4. Por los caminos de la santidad.

El martirio es el supremo ejercicio de la libertad humana y, por ello, es el acto más pleno de amor y de caridad. Por la misma razón, el martirio es la cima de la santidad. La celebración del Jubileo de nuestros mártires nos sitúa, pues, en el corazón del misterio de la Iglesia, su santidad, y debe ser a lo largo de este año un recordatorio permanente de una verdad fundamental, simple y sencilla, declarada, vivida y predicada por la Iglesia desde sus orígenes, la llamada universal a la santidad: "¡Sed santos porque vuestro Padre celestial es Santo!" (Mt 5,48); "Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (1 Tes 4,3). Para muchos comentaristas del Vaticano II, el capítulo V de la Constitución *Lumen Gentium*, dedicado a la vocación universal a la santidad, es el corazón de la doctrina conciliar, la única vía para la renovación de la Iglesia soñada por los Papas Juan XXIII y Pablo VI y la clave más fecunda para una interpretación auténtica de las enseñanzas conciliares, como tantas veces nos ha recordado Juan Pablo II. Hoy más que nunca es necesario volver a las fuentes más límpidas y genuinas del Concilio.

En los momentos decisivos de la historia de la Iglesia han sido los santos quienes le han aportado luz, vida y esperanza, y quienes le han marcado las sendas de la verdadera renovación. También hoy, en Europa y en España, vivimos momentos cruciales, fruto de la secularización creciente, del agnosticismo y ateísmo en tantos casos militante, del desvanecimiento de los valores morales y del laicismo agresivo, que querría ver desterrado el nombre de Dios de la vida pública. Igualmente crucial es la situación de los países del hemisferio sur, crucificados por la injusticia del primer mundo, por el hambre, el analfabetismo, las epidemias y toda suerte de carencias. Porque la enfermedad es muy grave, no sirven los paños calientes ni los meros cuidados paliativos. El único remedio eficaz y definitivo es la santidad, a la que nos invitan los mártires y santos de nuestra Diócesis. Ellos, hombres y mujeres como nosotros, pisaron el mismo suelo que nosotros pisamos, respiraron el mismo aire y vivieron en el mismo ambiente en que nosotros vivimos; sintieron como nosotros las limitaciones físicas y psicológicas y la

dificultad de remar contra corriente. Sin embargo, fueron fieles al Señor hasta el supremo derramamiento de su sangre. El testimonio de su vida y de su muerte nos dice elocuentemente que también nosotros podemos ser santos en esta tierra.

En realidad, la santidad es lo que más está necesitando nuestro mundo, manipulado por ideologías falaces, roto por el egoísmo y la injusticia que origina un liberalismo sin entrañas y herido por la desesperanza. Nuestro mundo no curará sus heridas desde las soluciones que le aporten la técnica o la política, incapaces de sanar el corazón del hombre, sino desde la revolución silenciosa del amor y de la santidad, la primera necesidad de la Iglesia y del mundo en esta hora y cuya fuente, como diré en las páginas siguientes, no es otra que la Eucaristía, celebrada, contemplada y adorada.

"Los santos, -decía a los jóvenes el Papa Benedicto XVI en la vigilia celebrada el pasado 20 de agosto en la explanada de Marienfeld (Colonia) con motivo de las XX Jornadas Mundiales de la Juventud- son los verdaderos reformadores... Sólo de los santos, sólo de Dios, proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo"⁹

5. Entregar la vida día a día sin claudicaciones.

Lo más probable es que ninguno de nosotros tengamos el privilegio de ser hallados dignos de sufrir el martirio cruento, como los fueron los santos Acisclo y Victoria y los demás mártires cordobeses, como lo han sido miles y miles de cristianos a lo largo de los dos mil años de historia del cristianismo, especialmente en el siglo XX. Todos, sin embargo, estamos llamados a ofrecer cada día al Señor nuestras vidas "como hostia viva, santa, grata a Dios" (Rom 12,1; Fil. 3, 3; Rom. 6,13). Todos estamos llamados a ofrecer cada día al Señor como "sacrificio de alabanza" (Hebr 13,15) el trabajo, la enfermedad, nuestras propias limitaciones, los sufrimientos que genera la convivencia y nuestras mortificaciones voluntarias. Es el martirio oculto o incruento, que tanto alaban los Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos y que se realiza en la docilidad y obediencia a los mandamientos del Señor, inspiradas en el amor por el cual el cristiano es un verdadero mártir a lo largo de toda su vida.

En la peculiar coyuntura que estamos viviendo los católicos españoles en estos momentos, es evidente que el Señor nos pide en ocasiones sufrir y aceptar por amor y sin claudicaciones desprecios y pretericiones por el

mero hecho de ser cristianos, además de los ataques, la falta de respeto y la ridiculización continua de que son objeto los sentimientos religiosos cristianos por parte de algunos medios de comunicación social. En definitiva, el testimonio de nuestros mártires nos emplaza a entregar día a día la vida si queremos ser fieles a Jesucristo en el momento histórico que nos ha tocado vivir. En el Congreso de Apostolado Secular celebrado en Madrid en noviembre de 2004, Mons. Fernando Sebastián, Arzobispo de Pamplona y entonces Vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española, nos decía que en la hora presente, los cristianos que quieran serlo de verdad, "tendrán que saber estar en el mundo sin ser del mundo, vivir con todos sin actuar como todos, y tendrán que saber renunciar a muchos objetivos y aspiraciones que solamente están al alcance de quienes se someten a la dictadura de lo "políticamente o culturalmente correcto". En la actual sociedad española el cristiano coherente y fervoroso tiene que estar dispuesto a padecer una cierta marginación social, cultural y hasta profesional, y en consecuencia tiene que estar dispuesto a renunciar a muchos bienes sociales y económicos, que no están al alcance de quienes se presentan y actúan socialmente como cristianos coherentes. Es el martirio moderno que prueba la autenticidad y consuma la perfección de la fe de los cristianos que viven y actúan en el mundo".

6. "Sin la Eucaristía no podemos vivir".

Para encarnar este estilo de vida necesitamos de la Eucaristía. Sin ella es imposible vivir nuestra vocación cristiana con alegría, valentía y coherencia y mucho más aspirar a la santidad. Así lo entendió San Ignacio de Antioquía, quien hacia el año 110, camino del martirio, escribe en su carta a los Magnesios "¿Cómo podríamos vivir sin Él?", es decir, ¿cómo podríamos vivir sin la fuerza interior que nos brinda el Señor en el sacramento de su cuerpo y de su sangre?¹⁰. Así lo entendieron también los mártires de Abitinia, coetáneos de los mártires cordobeses en los albores del siglo IV y víctimas como ellos en la décima persecución.

El emperador Diocleciano había prohibido a los cristianos bajo pena de muerte poseer las Escrituras, reunirse los domingos para celebrar la Eucaristía y construir lugares para sus asambleas. En la pequeña ciudad de Abitinia, hoy Bedjez-el-Bab (Túnez), no lejos de Cartago, cuarenta y nueve cristianos, treinta y un hombres y dieciocho mujeres, fueron sorprendidos un domingo mientras celebraban la Eucaristía. Estaban reunidos en la casa de uno de ellos, cuyo nombre, Octavio Félix, ha llegado hasta nosotros. Tras ser detenidos, fueron llevados a Cartago para ser interrogados por el procónsul Anulino. Era el

12 de febrero del año 304. El procónsul preguntó a los cristianos por qué habían transgredido la orden severa del emperador. Uno de ellos, de nombre Emérito, respondió en nombre de todos con estas hermosas palabras: "Sin la Eucaristía no podemos vivir"; es decir, sin la Eucaristía nos faltarían las fuerzas para afrontar las dificultades de cada día, para luchar contra el mal y no sucumbir a las seducciones del mundo. Después de atroces torturas, los cuarenta y nueve cristianos de Abitinia recibieron la palma del martirio¹¹. De este modo, confirmaron su fe con la efusión de su sangre. Murieron, pero vencieron. Ahora los recordamos en la gloria de Cristo resucitado.

Las palabras pronunciadas por los mártires de Abitinia ante el procónsul son el lema elegido para nuestro año de los Mártires, que es también año de la Eucaristía, como anunciara el Santo Padre Juan Pablo II el 13 de junio de 2004 con ocasión de la solemnidad del Corpus Christi. Con este lema queremos expresar el nexo profundo que existe entre el martirio y el misterio de la fe que es la Eucaristía, en el que actualiza la ofrenda martirial de Jesucristo. En ella bebieron San Ignacio de Antioquía, los mártires de Abitinia, los mártires de Córdoba y los testigos de la fe de todos los tiempos la fortaleza y el arrojo necesarios para confesar a Cristo hasta el derramamiento de su sangre. Y en ella hemos de encontrar los cristianos del siglo XXI la valentía, la fuerza y el coraje para seguir al Señor con fidelidad, confesarle delante de los hombres (Mt 10,32-33) y ofrendarle la vida en el martirio incruento de cada día.

7. La Eucaristía, manantial de santidad.

La celebración del año de la Eucaristía, promulgado el 4 de octubre de 2004 por la carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, es una gracia actual y una llamada a robustecer nuestra fe y nuestro amor al sacramento que es la "fuente y cima de toda la vida cristiana"¹². y el centro de la vida eclesial. En los inicios del nuevo milenio cristiano, tras la gracia especial que ha supuesto para la Iglesia el Jubileo del año 2000, y teniendo como telón de fondo la nueva cultura que está emergiendo en el mundo occidental con las sombras y luces apuntadas por Juan Pablo II en la Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, el año de la Eucaristía pretende renovar nuestra vida cristiana desde la vivencia intensa de una espiritualidad profundamente eucarística. Pretende ser además para todos los cristianos "una ocasión valiosa para una toma de conciencia renovada del tesoro incomparable que Cristo ha encomendado a su Iglesia" y "un estímulo para una celebración más viva y sentida, de la que surja una existencia cristiana transformada por el amor"¹³.

Si el programa para el tercer milenio, esbozado en la exhortación apostólica *Novo millennio ineunte*, no era otro que "Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar"¹⁴, el año de la Eucaristía, en línea de continuidad con este importante documento pastoral de Juan Pablo II, debe ser una ocasión propicia para conocer, amar y contemplar el rostro eucarístico del Señor, impregnándonos de sus actitudes eucarísticas, del modo de ser de Cristo en la Eucaristía y que pasa de Él a nosotros cuando celebramos y adoramos el misterio de nuestra fe¹⁵.

El citado programa de Juan Pablo II, que nuestra Diócesis ha asumido con gozo en su Plan Diocesano de Pastoral, pedía de nosotros los creyentes un renovado impulso en nuestro caminar; en definitiva, la santidad de vida, que es la perspectiva en la que se ha de situar nuestro camino pastoral en esta hora¹⁶. A ella nos invita también la celebración del XVII Centenario de nuestros mártires, como he sugerido en páginas anteriores. Esta llamada urgente a la santidad que Juan Pablo II lanzó con decisión y valentía al corazón de la Iglesia y de cada cristiano en los albores del nuevo milenio, la retomó en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, insistiendo en que "la realización de este programa de un nuevo vigor de la vida cristiana pasa por la Eucaristía" y, por tanto, "todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen"¹⁷.

8. La grandeza del misterio eucarístico y el decoro exigido en su celebración.

La Iglesia no ha salido aún de su asombro, ni lo podrá hacer nunca, al contemplar este sacramento admirable. Sabe que jamás podrá narrar con palabras ajustadas la grandeza del amor de Cristo que se nos entrega en el sacramento de su cuerpo y de su sangre. La lengua humana ha tratado durante veinte siglos de cantar el misterio "*de la preciosa sangre y del precioso cuerpo*", aunque siempre ha reconocido con humildad que sólo son balbuceos de gratitud y reconocimiento.

Ante la Eucaristía no cabe más que el asombro, la gratitud y la apertura a la sublimidad del misterio, huyendo de la tentación, como nos decía Juan Pablo II, de reducirlo a alguna de sus dimensiones o significados. No podemos, pues, relegar al olvido aspectos esenciales que también forman parte de la inmensa riqueza del don eucarístico, impidiendo que éste resplandezca con todo su esplendor. Ya en su primera encíclica,

Redemptor hominis, Juan Pablo II insistía en la necesidad de acercarnos a la Eucaristía abarcando y acogiendo toda la grandeza de este misterio: "*No es lícito ni en el pensamiento, ni en la vida, ni en la acción quitar a este sacramento, verdaderamente santísimo, su dimensión plena y su significado esencial. Es al mismo tiempo sacramento-sacrificio, sacramento-comunión, sacramento-presencia*"¹⁸.

Más recientemente, Juan Pablo II nos ha vuelto a repetir que "*la Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones*"¹⁹, pues siendo cierto que todos los sacramentos contienen la gracia que significan, al mismo tiempo que la confieren a los fieles que los reciben, es también verdad que "*en la Eucaristía - como afirma el Concilio de Trento- está el autor mismo de la santidad*"²⁰. Es precisamente aquí donde radica la grandeza peculiar del misterio eucarístico, convirtiéndose, por lo mismo, en la fuente por excelencia de la santidad y de la vida cristiana. El Concilio Vaticano II se hará eco de esta doctrina sosteniendo que todos los demás sacramentos, así como los ministerios eclesiales y obras de apostolado están ordenados a la Eucaristía: brotan de ella como de su fuente y a ella se dirigen como a su cumbre, pues "*la sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua*"²¹.

Porque es muy grande la dignidad del misterio eucarístico, "*debe ser, ante todo, bien celebrado*", como nos decía Juan Pablo II en la carta apostólica *Mane nobiscum, Domine*, en la que invitaba muy especialmente a los sacerdotes, a celebrar la Santa Misa con el decoro que merece el misterio eucarístico, a observar con espíritu de obediencia las normas y rúbricas de la Iglesia y a cuidar también la dimensión sacra que debe caracterizar a la música litúrgica. La lectura y estudio en profundidad de la *Ordenación General del Misal Romano*, recientemente publicada, puede ser un buen camino para corregir errores o abusos y para cuidar cada día con más interés la dignidad que corresponde a la celebración del misterio de nuestra fe²².

9. Renovación del sacrificio de la Cruz.

En la Eucaristía se perpetúa y actualiza, de modo incruento y sacramental, el único sacrificio de la cruz. Por ello, es a la vez memorial y sacrificio. Al instituir la Eucaristía en la noche de Jueves Santo, en el contexto de la Pascua judía y después del lavatorio de los pies, Jesús anticipa sacramentalmente su inmolación en la cruz. Así lo entiende el evangelista San Juan, que presenta al Señor como el nuevo Cordero inmolado en la Pascua que quita el pecado del mundo, al tiempo que expresa el amor inaudito de Jesús por la humanidad con estas palabras: "*Habiendo amado a los suyos que estaban*

en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1). De este modo, el Señor, con su entrega amorosa en los dones eucarísticos en la noche de Jueves Santo y después con su pasión y muerte, confiere plenitud de significado a la Pascua judía e inaugura la Nueva Alianza de Dios con su pueblo, una Alianza nueva y eterna sellada con la entrega de su propio cuerpo y sangre, presentes de un modo real y substancial en el pan y el vino que Él mismo consagra.

La Eucaristía, como señala el Concilio Vaticano II, siguiendo la tradición viva de los Santos Padres y del Magisterio precedente, es el sacrificio de la cruz que se perpetúa por los siglos²³. Juan Pablo II, en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia* nos advierte del peligro de entender el misterio eucarístico como algo "independiente de la cruz o con una referencia solamente indirecta al sacrificio del Calvario"²⁴. Por ello, la Eucaristía no sólo debe considerarse en su dimensión horizontal, como banquete y comunión entre los hermanos, sino también en su dimensión vertical, como ofrenda sacrificial de Cristo al Padre en favor de toda la humanidad, carácter que queda patente en las palabras mismas de la institución. En ellas, bajo la apariencia de pan y vino, Cristo entrega su cuerpo y su sangre para la salvación de todos los hombres: "*Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros... Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, derramada por vosotros*" (Lc 22,19-20), o, como puntualiza San Mateo, "*derramada por muchos en remisión de los pecados*" (Mt 26,28).

10. El sacrificio de los cristianos.

Al referirnos las palabras de Jesús en la última cena, los evangelios nos transmiten también la intención del Señor de dejarnos como testamento el mandato de celebrar el memorial de su pasión, muerte y resurrección. Sus palabras en el transcurso de la cena: "*Haced esto en memoria mía*" (Lc 22, 19), no son simplemente una invitación a que recordemos la Cena Pascual, sino a que actualicemos de modo sacramental su único sacrificio redentor repitiendo sus propios gestos y sus mismas palabras. Este es el testamento que el Señor nos deja antes de volver al Padre y que la Iglesia ha conservado como su tesoro más preciado²⁵

Pero la Eucaristía no es sacrificio únicamente por ser memorial del cuerpo entregado y de la sangre derramada del Señor, pues a la entrega sacrificial de Cristo Cabeza se une de modo inseparable la entrega sacrificial de su Cuerpo que es la Iglesia. Al pronunciar el sacerdote las palabras "*Por Cristo, con Él y en Él*" y al asentir el pueblo con su "*Amén*", la Iglesia, impulsada por el Espíritu Santo, se está ofreciendo al Padre como víctima viva de alabanza y propiciación por los pecados de la humanidad²⁶

11. Presencia real y substancial.

En los dones eucarísticos está el Señor con una presencia real y substancial. Esta presencia del todo singular eleva a la Eucaristía por encima de todos los demás sacramentos y hace de ella "*fuentes y cima de toda la vida cristiana*", sacramento por excelencia, "*don por excelencia*"²⁷. Ella es el don del mismo Cristo, de su persona, de su cuerpo, sangre, alma y divinidad y, además, de su obra de salvación. No es simplemente un símbolo o el recuerdo de un acontecimiento acaecido en el Cenáculo en la noche de Jueves Santo. Las palabras de Jesús en el momento de la institución, "*Esto es mi cuerpo*", "*Esta es mi sangre*" (Mt 26,26-28), nos hacen ver que su intención no es dejarnos sólo un símbolo para que recordemos su entrega redentora, sino quedarse con nosotros con una presencia misteriosa, pero real, verdadera y substancial, hasta su vuelta²⁸.

El Señor está presente entre nosotros de modos muy diversos: en su Palabra, en los sacerdotes, en la propia Iglesia, sacramento de Jesucristo, en nuestros hermanos, imágenes vivas del Señor, en los sacramentos y, sobre todo y por antonomasia, en las especies eucarísticas²⁹. Después de la consagración, permanecen los accidentes y se transforma la substancia pan y vino en el cuerpo y sangre del Señor. Aquí radica precisamente el milagro eucarístico de la '*transubstanciación*'³⁰, obra grandiosa del poder de Dios. Aquél que con su palabra creó todas las cosas de la nada y llamó a la existencia a lo que no existía, tiene poder no sólo para señalar a las cosas su naturaleza primera sino también para cambiarla³¹. Así sucede en la Eucaristía, *misterio de nuestra fe*. Los sentidos nos ocultan su grandeza tras el velo de las apariencias, pero la fe, como canta Santo Tomás de Aquino en sus himnos eucarísticos, está segura de las palabras del Señor.

Porque la Eucaristía es presencia real de Jesucristo y "*fuentes y cima de toda la vida cristiana*"³², no es extraño que a lo largo de los siglos la Iglesia le haya dedicado las mejores alhajas y la orfebrería más exquisita, pues el Señor merece siempre lo mejor. Así ha ocurrido en Córdoba, ciudad en la que las filigranas de sus orfebres rivalizan con la belleza sin igual de sus monumentos. Así ha sucedido también en las demás ciudades y villas de nuestra Diócesis que muy bien podemos calificar como privilegiadamente eucarística. Para comprobarlo, basta contemplar la orfebrería eucarística de nuestra Catedral y de tantas parroquias del extenso territorio diocesano, la más hermosa que cabe imaginar en España, signo de las profundas raíces eucarísticas de Córdoba, que todos debemos procurar alimentar y cultivar para estar en sintonía con nuestra mejor historia.

12. Fuente y epifanía de comunión.

Junto con la dimensión de memorial y sacrificio, la Eucaristía es también "fuente y epifanía

de comunión" con Cristo y con los hermanos, como nos ha señalado Juan Pablo II³³. Cuando comulgamos el cuerpo y la sangre del Señor se hacen realidad sus propias palabras: "Permaneced en mí y yo en vosotros. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer" (Jn 15,4-5). Al unirnos íntimamente a Cristo cuando lo recibimos en el sacramento eucarístico, nos transformamos en aquello que comulgamos. Entonces la santidad y la gracia de Cristo corre por nuestras venas y muy especialmente la vida de la gracia, que sólo es posible vivir si nos alimentamos con el cuerpo y la sangre del Señor, alimento del caminante y viático del peregrino como Él mismo nos dice en el evangelio de San Juan: "En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (Jn 6,53).

En la comunión sacramental se robustece nuestra incorporación a Cristo verdadera, iniciada en el bautismo, y entramos en comunión de vida con la Santísima Trinidad: "Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí" (Jn 6, 57). Al comulgar el Cuerpo de Cristo, nos cristificamos y el Señor nos concede, por la fuerza de su Espíritu, el dinamismo sobrenatural que nos permite vivir nuestra fe y nuestros compromisos cristianos con coherencia y valentía, con el estilo de los mejores amigos de Cristo que son los santos de todas las épocas. Es lo mismo que nos decía el Santo Padre Benedicto XVI en Bari, en su homilía de la solemnidad del Corpus Christi. Después de recordar que en "la Eucaristía, Cristo está realmente presente entre nosotros", añadió: "su presencia no es estática. Es una presencia dinámica, que nos aferra para hacernos suyos, para asimilarnos a Él".

En páginas anteriores he aludido a la sublimidad del misterio eucarístico. Quiero ahora llamar la atención sobre la necesidad de prepararnos para el momento "tan grande y tan santo"³⁴. de la comunión. San Pablo exhortaba a los cristianos de Corinto a examinar previamente la propia conciencia: "Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo" (1 Cor 11,27-29). Por ello, quien tiene conciencia de estar en pecado grave, antes de acercarse a comulgar, tiene que recibir el sacramento de la penitencia, el sacramento de la reconciliación, de la alegría, de la paz y del reencuentro con Dios, que no ha pasado de moda, y que todos, sacerdotes y fieles, hemos de tratar de revitalizar, pues fue instituido por Jesucristo como camino inexcusable para el perdón de los pecados.

Quisiera recordar a todos los fieles de la Diócesis que no olviden nunca la acción de gracias al Señor después de la comunión, como han hecho los santos de todas las épocas. "Se recomienda a los fieles -nos dice la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos- no descuidar, después de la comunión, una justa y debida acción de gracias"³⁵. Son momentos de diálogo cálido y de íntimas confidencias y también de crecimiento interior, en los que el Señor graba en nuestro corazón sus propios sentimientos y nos alienta en el camino de la santidad.

13. Manantial de la comunión eclesial.

La íntima unión con Cristo en la comunión es también expresión y camino de la comunión eclesial: "*El misterio de la Iglesia es anunciado, gustado y vivido de manera insuperable en la Eucaristía*"³⁶ especialmente en la Misa dominical. Por ello el "*dies Domini*" es también el "*dies Ecclesiae*". Más aún, "*con la comunión eucarística la Iglesia consolida también su unidad como cuerpo de Cristo*"³⁷. De ahí la necesidad de estar en comunión con la Iglesia para poder participar con autenticidad del banquete eucarístico. Ya San Pablo alertaba a la comunidad de Corinto del peligro de convertir en una farsa la celebración de la fracción del pan, en signo de discordia y división entre los hermanos, en lugar de ser expresión y fuente de comunión fraterna (cfr. 1 Cor 11,17-34). Por ello, tras la consagración, la primera oración de la plegaria eucarística, siguiendo la tradición más antigua de la Iglesia, está dirigida al Padre, para que consolide los vínculos de unidad en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, del mismo modo que el pan es uno aun estando formado por muchos granos de trigo: "*Como este fragmento* -leemos en la plegaria eucarística transmitida por la Didaché- *estaba disperso sobre los montes, y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder, por Jesucristo, por los siglos*"³⁸.

La Eucaristía, en definitiva, edifica a la Iglesia y la Iglesia vive y se consolida en su unidad por medio de la participación en el banquete eucarístico. Cada cristiano, en el momento de la comunión, renueva, robustece y profundiza su incorporación como miembro vivo del Cuerpo Místico de Cristo incoada en su bautismo. Por ello, la participación en el banquete eucarístico exige de cada cristiano vivir en comunión con la Iglesia y ser miembro vivo de su Cuerpo Místico. "*Oyes decir `el Cuerpo de Cristo` -escribía San Agustín- y respondes `amén`. Por lo tanto, sé tú verdadero miembro de Cristo para que tu `amén` sea también verdadero*"³⁹.

14. En comunión con la Jerusalén celestial.

Por otra parte, en la celebración de la Eucaristía no sólo se fortalecen los vínculos de unidad de los miembros de la Iglesia peregrina. También ésta entra en comunión con aquella porción de la Iglesia que ya goza de la visión de Dios en la Jerusalén celestial e, incluso, con aquellos hermanos que se purifican de sus pecados en el purgatorio. Juan Pablo II afirma que "la Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino"⁴⁰. En la celebración de la Eucaristía invocamos sobre nosotros la intercesión de aquellos que ya forman parte de la Iglesia triunfante y pedimos al Padre que aplique los méritos del sacrificio redentor de su Hijo a nuestros hermanos que todavía no han llegado a contemplar la infinita hermosura de su rostro. En la Eucaristía, pues, se manifiesta plenamente la comunión de los santos.

15. La comunión en el seno de nuestras comunidades.

Pero la Eucaristía no es sólo fuente sino también exigencia de comunión, que reclama de todos los cristianos un compromiso por avanzar en la unidad conforme al deseo de Jesús en la oración sacerdotal: "Como tú, Padre, estás en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17,21). En realidad, la comunión no es tarea exclusiva de las diversas confesiones cristianas, que han de progresar cada día en el diálogo y compromiso ecuménico hasta alcanzar la restauración de la unidad querida por Cristo para su Iglesia. Es tarea también de cada cristiano en el ambiente y las circunstancias en que la Providencia nos ha situado. Participar del banquete del Señor ha de convertirnos en artífices y promotores de comunión fraterna en un mundo herido por tantas formas de división y de discordia.

La participación en la Eucaristía entraña efectivamente una exigencia firmísima de unidad. Ella es escuela de diálogo y colaboración, de fraternidad sincera, de perdón, de amor gratuito y de servicio a los últimos, los hermanos más pobres, los transeúntes, los ancianos, enfermos e inmigrantes. Este es el criterio básico de la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas⁴¹. En efecto, nuestra participación en la Eucaristía exige también de nosotros que seamos humildes artesanos de la paz y de la reconciliación, idea que quiso subrayar con especial énfasis el Papa Benedicto XVI en la homilía pronunciada en Bari con ocasión de la solemnidad del Corpus Christi de este año. Después de citar el texto de 1 Co 10,17, afirma: "La consecuencia es clara: no podemos comulgar con el Señor, si no comulgamos entre nosotros. Si queremos presentarnos ante Él, también debemos ponernos en

camino para ir al encuentro unos de otros. Por eso, es necesario aprender la gran lección del perdón: no dejar que se insinúe en el corazón la polilla del resentimiento, sino abrir el corazón a la magnanimidad de la escucha del otro, abrir el corazón a la comprensión, a la posible aceptación de sus disculpas y al generoso ofrecimiento de las propias".

16. La Eucaristía celebrada, contemplada y adorada.

Como he sugerido en páginas precedentes, una de las dimensiones esenciales de la Eucaristía es la de ser "Sacramento-presencia". En el sagrario el Señor se hace nuestro eterno contemporáneo, el compañero de camino que, como a los discípulos de Emaús, sale a nuestro encuentro en el camino de la vida para iluminar nuestros ojos y caldear nuestro corazón con su presencia (Lc 24,13-35). El culto a la Eucaristía fuera de la Misa posee un valor inestimable en la Tradición y vida de la Iglesia. En él "se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor"⁴²

En la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, última de su pontificado, el Papa Juan Pablo II nos invitaba a pasar largas horas en conversación espiritual con Cristo, en adoración silenciosa, en actitud de amor⁴³. En un contexto en el que la tentación del activismo nos amenaza continuamente, también en el ámbito de la pastoral y de la vida de la Iglesia, es necesario recuperar el "arte de la oración" y de la contemplación. No nos cansemos de acudir cada día a visitar al Señor, de doblar las rodillas para adorarlo, de pasar largas horas ante esta presencia estimulante y bienhechora, que además abre nuestra vida a una perspectiva de eternidad, ya que la Eucaristía es prenda y anticipo de la gloria, en la que estaremos eternamente con el Señor. No escatimemos tiempo para acompañarlo en la adoración silenciosa, en la contemplación llena de fe y en la reparación por nuestros propios pecados y por los pecados del mundo. Hagamos todo lo posible por recuperar, allí donde se haya perdido, la práctica de la genuflexión, gesto lleno de amor, de sumisión y adoración al Señor presente en los sagrarios de nuestras iglesias.

Porque la Eucaristía es presencia real del Señor oculto en las especies eucarísticas, la Iglesia nos invita a practicar la diversidad de formas de piedad eucarística que desde la Edad Media han ido surgiendo y que conservan toda su validez: la visita, la exposición y la bendición con el Santísimo, las procesiones eucarísticas, sobre todo la procesión del Corpus, de tanta tradición y belleza en nuestra Diócesis, los congresos eucarísticos y las diversas formas de piedad eucarística, como los Jueves Eucarísticos, las Cuarenta Horas, la Adoración Nocturna en sus diversas modalidades y la Unión Eucarística Reparadora.

La Iglesia y el mundo tienen necesidad del

culto eucarístico. Por ello, quiero manifestar mi apoyo explícito a todas estas instituciones y muy especialmente a la Adoración Nocturna, con la que me he encontrado en varias ocasiones en los dos años que llevo sirviendo a la Diócesis y a cuyos miembros aliento en su afán por potenciar y rejuvenecer sus secciones. Dejo constancia también en esta carta de mi apoyo a Adoremus y a los jóvenes que todos los jueves se reúnen en la iglesia de la Compañía de Córdoba para adorar al Señor por iniciativa de la Delegación Diocesana de Pastoral de Juventud, proyecto del que la Diócesis espera muchos frutos vocacionales, apostólicos y de vida cristiana. Animo a todos los sacerdotes a recuperar, allí donde se haya perdido, la exposición y adoración semanal del Santísimo Sacramento, que tantos frutos de santidad ha dado en el pasado y debe seguir dando en nuestro tiempo.

Sólo en la contemplación silenciosa del Señor presente en la Eucaristía podremos ir comprendiendo la grandeza de este misterio. Sólo así podremos ir haciendo nuestras las actitudes y sentimientos con los que Cristo está presente en el sacramento de su cuerpo y de su sangre. La Eucaristía es, en palabras de Juan Pablo II, "un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano"⁴⁴, cuando éste la celebra, la contempla y la adora. No sólo es la fuerza y la fuente de la santidad sino que también nos señala el estilo con el que hemos de vivir la santidad a la que somos llamados desde el bautismo. La adoración eucarística es el ámbito ideal para que nuestra vida cristiana se vaya impregnando poco a poco de los sentimientos y actitudes de Jesús. Su presencia en la Eucaristía es la mejor escuela de obediencia y entrega a la voluntad del Padre. Es escuela de humildad y de servicio en la que Él prolonga el anonadamiento y la kénosis de su encarnación. Es escuela de silencio y contemplación. Es, por último, escuela de amor entregado hasta el extremo, que nos exige una respuesta proporcionada en nuestro amor a Dios y a los hermanos. Hacer nuestras y vivir estas actitudes que inspira la presencia real de Cristo en la Eucaristía irá configurando y transformando nuestra vida y espiritualidad, de modo "que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucarística»"⁴⁵

17. Nuestra existencia eucarística.

Mientras en su carta apostólica *Ecclesia in Europa* Juan Pablo II describía con gran lucidez las luces y las sombras de la actual cultura europea⁴⁶, en la carta *Mane nobiscum Domine* nos hacía algunas sugerencias que dan respuesta cumplida a los retos señalados en el primer documento y que nos pueden ayudar a vivir en este año eucarístico y siempre una forma de vida inspirada y configurada por la Eucaristía.

Ante al espeso silencio sobre Dios que

impone la cultura actual, que quiere relegar la religión y lo religioso al olvido, entendiéndolo como una antigualla y algo incompatible con la modernidad, no debemos esconder nuestro mejor tesoro. Hemos de ser testigos del amor de Dios al mundo, amor que se manifiesta y se hace palpable en este misterio admirable. "En este año de la Eucaristía -nos decía el Papa Juan Pablo II- los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo. No tengamos miedo de hablar de Dios ni de mostrar los signos de la fe con la frente muy alta"⁴⁷. No tengamos miedo a mostrar el signo de la fe por excelencia que es el misterio eucarístico. En el empeño de anunciar a Jesucristo nos alientan también en este año nuestros mártires. Ellos confesaron al Señor delante de los hombres (Mt 10,32-33) y nos estimulan con su ejemplo para que también nosotros confesemos al Señor con la palabra y con la vida.

Ante el obscurecimiento de la esperanza en la vida eterna y en las promesas de Dios en que vive sumido nuestro Continente, mostremos la Eucaristía como fuente de esperanza y prenda de la vida futura.

Ante una cultura como la europea que está perdiendo la memoria de sus raíces y de la herencia cristiana, cayendo en la indiferencia religiosa y el agnosticismo práctico, que quiere arrancar el alma cristiana de Europa, hagamos memoria del misterio del amor de Cristo, de su pasión, muerte y resurrección, misterios que se actualizan en cada celebración eucarística.

Ante una cultura que tiene miedo a afrontar el futuro, mirándolo con más temor que deseo; frente a tantos hombres y mujeres que viven la experiencia del vacío interior, de la angustia existencial, del nihilismo y de la falta del sentido de la vida, favorezcamos un estilo de vida inspirado en la Eucaristía, en la que está presente Aquél que es el camino, la verdad y la vida de los hombres, Aquél que nos dice "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré" (Mt 11,28).

Ante una cultura en la que el hombre vive cada vez más sumido en una profunda soledad, mostremos la verdad consoladora de la Eucaristía, en la que Cristo se hace nuestro eterno contemporáneo, peregrino y compañero, alentándonos con la certeza de su presencia: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20).

Ante una cultura en la que la existencia aparece cada vez más fragmentada y dividida, multiplicándose las crisis familiares, el deterioro mismo del concepto de familia, la violencia doméstica, el terrorismo y los conflictos entre las naciones, anunciemos el misterio sacrosanto de la

Eucaristía, misterio de comunión y fuente de unidad y de paz entre las personas y los pueblos y que promueve, como señalaba Juan Pablo II, una cultura del diálogo⁴⁸.

Ante la cultura de la globalización que margina a los más pobres; frente a la difusión creciente del individualismo egoísta de los particulares y de las naciones, vivamos con hondura y verdad las consecuencias sociales que dimanen de la Eucaristía, que nos impulsa a trabajar por la globalización de la caridad, la solidaridad, el servicio a los últimos y la implantación de la nueva civilización del amor⁴⁹.

Ante la cultura de la muerte, en la que se desprecia la vida humana, sobre todo la vida de los más inocentes y débiles de la sociedad, anunciemos sin cansarnos el misterio eucarístico, verdadero pan de vida.

Ante una cultura en la que el hombre pretende saciar su sed de esperanza y felicidad con sucedáneos, con realidades efímeras y frágiles que no plenifican su corazón, proclamemos en todas partes a Aquél que, oculto en las especies eucarísticas, nos dice: "El que viene a mí nunca tendrá hambre y el que cree en mí jamás tendrá sed" (Jn 6,35).

Ante la crisis de la cultura europea, ante el avance creciente de ideologías materialistas, ante el avance del laicismo, de costumbres y leyes alejadas de la moral cristiana, superemos la tentación del encogimiento y la desesperanza. Pongamos la Eucaristía en el centro de nuestras vidas. En ella encontraremos el verdadero manantial de la esperanza.

Junto al sagrario escucharemos la palabra intemporal de Jesucristo que nos dice: "No tengáis miedo, hombres de poca fe" (Mc 4,40), "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20). En el testimonio de nuestros mártires y, sobre todo, en la Eucaristía hallaremos la fuerza para vivir nuestra fe con dinamismo y alegría, también en esta coyuntura histórica, y para anunciar a Jesucristo por doquier.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición,

Córdoba, 8 de septiembre de 2005,
festividad de Ntra. Sra. de la Fuensanta

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Obispo de Córdoba

NOTAS AL PIE

¹ Cfr. NIETO CUMPLIDO, M., *Córdoba, patrimonio de santidad*, Córdoba 2004, p. 23. Cfr. también la publicación de carácter vulgarizador, pero sumamente estimable, preparada por M. J. MUÑOZ LÓPEZ con el título *Testigos de Cristo. Los mártires de Córdoba*, Córdoba 2005, destinada al gran público en este año jubilar.

² La tradición cordobesa cita en concreto a San Secundino, cuya memoria se celebra el 21 de mayo (cfr. NIETO CUMPLIDO, M., o.c., p. 28-29).

³ Siguiendo a NIETO CUMPLIDO, o. c., p. 41-117, los mártires correspondientes al siglo IX son los siguientes: Adolfo y Juan, laicos; Perfecto, presbítero; Isaac, monje; Sancho, laico; Pedro, presbítero; Walabonso, diácono; Sabiniano, Wistrebundo, Habencio y Jeremías, monjes; Sisenando, diácono; Pablo, diácono; Teodomiro, monje; Flora y María, vírgenes; Gumersindo, presbítero; Servideo, monje; Aurelio y Sabigoto, Félix y Liliosa, matrimonios; Jorge, monje; Cristobal y Leovigildo, monjes; Emila, diácono; Jeremías, laico; Rogelio, monje; Servideo, laico; Fándila, monje; Anastasio, presbítero; Félix, monje; Digna, virgen; Benilde anciana; Columba, virgen; Pomposa, virgen; Abundio, presbítero; Amador, presbítero; Pedro, monje; Luis, laico; Witesindo, laico; Elías, presbítero; Pablo e Isidoro, monjes; Argimiro, monje; Áurea, virgen; Rodrigo, presbítero; Salomón, laico; Eulogio, arzobispo electo de Toledo; y Leocricia, virgen. En el siglo X recibieron el martirio los santos Pelagio, adolescente; Argétea, virgen; y Vulfura, laico.

⁴ Santo Domingo Henares, obispo dominico nacido en Baena, martirizado en Vietnam en 1838, y el Beato Nicolás María Alberca, presbítero franciscano nacido en Aguilar de la Frontera, martirizado en Damasco en 1860 (cfr. NIETO CUMPLIDO, o.c., p. 142-151).

⁵ Encabeza la lista la Beata Victoria Díez, laica, miembro de la Institución Teresiana (+ 12 de agosto de 1936) y la completan el Beato José María Peris, Operario Diocesano y Rector del Seminario de San Pelagio (+ 15 de agosto de 1936), el Beato José Mora Velasco, presbítero, de la Orden Hospitalaria (+ 28 de noviembre de 1936), y las escolapias Beatas María de la Iglesia Varo (+ 19 de septiembre de 1936) y María Luisa Girón Romera (+ 8 de agosto de 1936) (cfr. NIETO CUMPLIDO, o.c., p.154-170).

⁶ Esta expresión se debe a M. NIETO CUMPLIDO y figura como título del libro citado en las notas precedentes.

⁷ LG 50.

⁸ En el n° 24 se dice que "la primera urgencia pastoral de la Iglesia en esta hora es fomentar la santidad de vida de los sacerdotes, consagrados y laicos. Esta llamada común a la santidad ha sido la consigna fundamental del Concilio Vaticano II, buscando la renovación evangélica de la vida cristiana".

⁹ A continuación, añadió el Papa: "En el siglo pasado hemos vivido revoluciones cuyo programa común fue no esperar nada de Dios, sino tomar totalmente en las propias manos la causa del mundo para transformar sus condiciones. Y hemos visto que, de este modo, un punto de vista humano y parcial se tomó como criterio absoluto de orientación. La absolutización de lo que no es absoluto, sino relativo, se llama totalitarismo. No libera al hombre, sino que le priva de su dignidad y lo esclaviza. No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios viviente, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico. La revolución verdadera consiste únicamente en mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Y, ¿qué puede salvarnos, si no es el amor?".

¹⁰ Ep. ad Magnesios, 9,1-2.

¹¹ Cfr. MARTIMORT, A. G., *La Iglesia en oración*, Herder, Barcelona 1964, p. 722-23.

¹² LG 11.

¹³ Carta Apostólica *Mane nobiscum, Domine*, 29.

¹⁴ Exhortación Apostólica *Novo millennio ineunte*, 29.

¹⁵ Cfr. *Mane nobiscum, Domine*, 25.

¹⁶ Cfr. *Novo millennio ineunte*, 30.

¹⁷ Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 60.

¹⁸ Encíclica *Redemptor hominis*, 20.

¹⁹ *Ecclesia de Eucharistia*, 10.

²⁰ DS 1639.

²¹ PO 5.

²² *Mane nobiscum, Domine*, 17.

²³ Cfr. SC 47.

²⁴ n. 12.

²⁵ Así nos lo muestra S. Pablo, en el que es, sin lugar a dudas, el texto más antiguo acerca de la Eucaristía: "Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: 'Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en memoria mía'. Asimismo también la copa después de cenar diciendo: 'Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en memoria mía'. Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga" (1 Cor 11,23-26).

²⁶ En este sentido, escribe S. Agustín: "Tal es el sacrificio de los cristianos: siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo. Y este sacrificio la Iglesia no cesa de reproducirlo en el sacramento del altar, bien conocido de los fieles, donde se muestra que en lo que ella ofrece se ofrece a sí misma" (*De civitate Dei*, 10,6).

²⁷ *Ecclesia de Eucharistia*, 11.

²⁸ En efecto, después de la consagración, bajo la apariencia de las especies sacramentales, se contienen "verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero" (Concilio de Trento, DS 1651).

²⁹ SC 7.

³⁰ DS 1642.

³¹ Cfr. S. Ambrosio, *De Mysteriis*, 9, 50. 52.

³² LG 11.

³³ Cfr. *Mane nobiscum, Domine*, n° 19-23.

³⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1385.

³⁵ Cfr. *Ordenación General del Misal Romano*, 88 y 164.

³⁶ *Dies Domini*, 32.

³⁷ *Ecclesia de Eucharistia*, 23.

³⁸ *Didaché o Enseñanza de los Doce Apóstoles*, IX, 5. La misma idea fue subrayada por el Papa Benedicto XVI en la citada homilía de la solemnidad del Corpus Christi de este año: "*Aquí tocamos -nos dijo- una dimensión ulterior de la Eucaristía, a la que también quisiera referirme antes de concluir. El Cristo que encontramos en el Sacramento es el mismo aquí, en Bari, y en Roma; en Europa y en América, en África, en Asia y en Oceanía. El único y el mismo Cristo está presente en el pan eucarístico de todos los lugares de la tierra. Esto significa que sólo podemos encontrarlo junto con todos los demás. Sólo podemos recibirlo en la unidad*".

³⁹ *Sermón 272*.

⁴⁰ *Ecclesia de Eucharistia*, 19.

⁴¹ *Ecclesia de Eucharistia*, 28.

⁴² *Ibidem*, 25. Nuestro *Plan Diocesano de Pastoral* nos invita a "*fomentar las diversas manifestaciones del culto eucarístico fuera de la Misa, la adoración personal, la exposición y procesión con el Santísimo*" (nº 31).

⁴³ *Ibidem*, nº 25.

⁴⁴ *Mane nobiscum, Domine*, 25.

⁴⁵ *Ecclesia de Eucharistia*, 20.

⁴⁶ n. 7-9.

⁴⁷ *Mane nobiscum, Domine*, 26.

⁴⁸ Cfr. *Mane nobiscum, Domine*, 26.

⁴⁹ *Ibidem*, 28.